

En una época de recursos decrecientes, con menos miembros, y una sensación encarnada de que nuestro tiempo en esta tierra es finito, ¿qué nombraremos como lo más precioso para nosotras, para mantener cerca, protegido y nutrido para generaciones futuras?

De pie, alma con alma

Chris Koellhoffer, IHM

A veces, un escritor hace una pregunta que sacude nuestra alma y se graba en nuestra memoria. Y a veces, esa pregunta no se nos quitará sino hasta que nos haya enseñado por qué nos fue enviada.

En *Bajo tierra*, la exploración de largo alcance del mundo subterráneo del planeta tierra, Robert Macfarlane escribe desde la perspectiva de quien ve abajo, mucho más abajo de la tierra en la que estamos parados. Yo, como alguien cuya postura usual es la de mirar hacia arriba y contemplar las estrellas, confieso que he tenido que he pasado página a algunos capítulos en los que sus descripciones detalladas del ser progresivamente apretado en una cueva húmeda y fría despertaron mi claustrofobia. Agradezco que su estilo poético y su pensamiento fresco me hayan llevado de vuelta a la lectura. Macfarlane nota que estamos actualmente viviendo una era que algunos académicos llaman “antropoceno”, una época marcada por el enorme impacto humano sobre el ambiente. Durante esta época, una crisis no es un evento muy lejano, sino más bien “un hecho continuo, experimentado con mayor severidad por los más vulnerables”¹

Bajo tierra describe un fenómeno que es el resultado directo del antropoceno: la tierra revela sus secretos. Lo que una vez se había perdido, está ahora siendo revelado. Los glaciares retirándose de los Alpes y las montañas del Himalaya están entregando los cuerpos de aquéllos enterrados por el hielo décadas atrás. Los niveles de agua en verano en el río Elba han bajado tanto que se han recuperado las piedras del hambre, rocas talladas utilizadas durante siglos para conmemorar la sequía y advertir sobre sus consecuencias. En el este de Siberia, ha aparecido un cráter en el suelo ablandado de los bosques, tragándose decenas de miles de árboles y revelando estratos de 200.000 años.

Éstas y otras revelaciones del mundo natural de hoy llevan a Macfarlane a preguntarse qué les dejará nuestro tiempo a generaciones futuras. Él hace eco a la gran pregunta sobre el antropoceno hecha por Jonas Salk, el inmunólogo que inventó la vacuna contra la polio y ayudó a erradicar esa enfermedad. La gran pregunta: ¿estamos siendo buenos antepasados?²

¿Estamos siendo buenos antepasados? La pregunta del antropoceno es ambas cosas, inquietante y desalentadora. Para las religiosas, es también una pregunta que invita a un tipo de síntesis. En una época de recursos decrecientes, con menos miembros, y una sensación encarnada de que nuestro tiempo en esta tierra es finito, ¿qué nombraremos como lo más precioso para nosotras, para mantener cerca, protegido y nutrido para generaciones futuras? ¿Dónde colocaremos nuestro tiempo limitado, pasión y atención para que hable claramente de un legado? ¿Cómo podemos más totalmente servir como cuidadoras de la gente que nunca conoceremos, como amantes de un mundo que no viviremos para ver?

Tal cual el antropoceno está pelándose capas que revelan al mundo cuerpos perdidos y marcas perdidas, los elementos de la vida que alguna vez han sido significativos, llenos de sentido, y valorados, quizás nosotros, los que estamos viviendo en este momento presente, seamos

llamados a descubrir y recobrar a aquéllos a quienes mundo relega a las categorías de perdidos, olvidados, descartados, pasados por alto. Nuestra práctica espiritual está modelada en las parábolas de Jesús de lo perdido y encontrado: la oveja perdida (Lc. 15, 1-7), la moneda perdida (Lc. 15, 8-10), y el hijo pródigo (Lc. 15, 11-32). Cada una de estas historias de lo desaparecido incluye una búsqueda fiera, pero con esperanza. Cada una de estas historias de lo recobrado y restaurado es recibida con un regocijo incontenible y desenfrenado. Y así es con nosotras. Las religiosas tenemos una historia de rehusarnos a permitir que lo “perdido” sea el final de la historia, la coma, el manifiesto declarativo que no vaya más allá. Nuestras vidas se entregan a abogar por nuestras hermanas vulnerables y hermanos en los márgenes. Los anales de nuestra congregación están ricos en relatos de aliviar el sufrimiento, crear programas y actividades de divulgación, educar, cambiar los sistemas y estructuras opresivas, trabajar hacia la cura, actuar como agentes de transformación.

¿Podríamos ahora nosotras, como buenas antepasadas, ser llamadas a ir aún más lejos en esta nueva era reconociendo nuestra incapacidad para salvar a otros y, en cambio, encontrando formas nuevas y creativas de estar presentes para ellos en su dolor, su desesperación, sus preguntas incontestables, que también son nuestras? ¿Nos preguntamos, con Dawn Tomaszeski, SP, cómo cuidar el alma de nuestro mundo? ¿Estamos de pie, maravilladas por nuestro llamado a actuar como si de los propósitos de Dios dependiera nuestra existencia?³ Si el antropoceno es marcado por el impacto gigante sobre nuestro ambiente, ¿podría también una era ser marcada por el impacto gigantesco de nuestra conciencia colectiva? ¿Podría esta era estar llamándonos a nuevas maneras de amar, orar, y a (nuevas maneras de) conciencia que inspiren nuestras opciones y mejor sirvan a aquéllos que nos sigan?

En un número reciente de la revista *People* (sí, confieso que la leo de cabo a rabo), *People* hizo equipo con Apple para pedir a diez fotógrafos que compartieran fotos de las cosas y lugares que quisieran salvaguardar para generaciones futuras. La revista ofreció una meditación pictórica ilustrando lo que aquellos diez fotógrafos aprecian. Las imágenes incluyeron a un bebé, una familia nadando en una serena poza de marea de Costa Rica, un bosque exuberante, un perro aguardando pacientemente a que su dueño llegue a casa, un fiordo noruego.

Uno de los fotógrafos, Ruven Afanador, escogió capturar las figuras monolíticas de los Moai en la Isla de Pascua. Creadas hace siglos, las figuras misteriosas fueron de alguna manera transportadas a la orilla del mar para proteger la isla. Debido al calentamiento global, los niveles del mar están ahora seriamente amenazándolas.⁴ Meditando sobre esas gigantes cascaras de piedra, sentí una extraña alianza. Me pregunté si, en esta era antropocena, nuestro llamado pueda ser también permanecer en la orilla, sin saber con nada de certeza lo que haya en el mar cercano, pero sabiendo con una seguridad que el Santísimo que nos acompaña no abandona. Me imagino a todas nosotras reunidas en la frontera entre océano y tierra, entre el ahora y el entonces, entre nuestra era y la que era que viene. Estamos impregnadas en oración y en vida contemplativa. Estamos fomentando amplitud del corazón, Estamos sosteniendo en ternura y compasión a un futuro que no nos incluirá.

Mientras hoy escribo, la comunidad global está experimentando COVID-19. Estamos siendo testigos de un dolor atroz, la angustia emocional de nuestra impotencia colectiva para salvar una vida o para consolar al lado de una cama, el terror que podamos llevar a casa y a la familia o comunidad como una amenaza invisible, la indefensión de estar desempleado. Por primera vez en mi vida veo un mundo entero uniéndose en conciencia alrededor de un asunto único, y

soy arrastrada a soñar: ¿qué si nuestro llamado, como buenas antepasadas, es iniciar otra fuerza, una epidemia de amor desatado por nuestra conciencia colectiva, fluyendo por nuestras ventanas en bendición y trayendo a la comunión a cada cosa y a cada uno en su camino?

Este sueño se conecta con una imagen que viene de los Sâmi.⁵ En su visión del inframundo, todos los muertos están de pie bajo tierra, pero están parados boca abajo de modo que sus pies tocan el suelo desde abajo. Nosotros, los vivos, caminamos erguidos con los pies tocando ese mismo borde, pero desde arriba. De esta manera, los pies de los muertos, que caminan boca abajo, tocan los pies de los vivos, que están de pie. Los muertos y los vivos, sus pies planta con planta. El pasado y el presente, alma con alma. Esto justamente puede ser lo que significa vivir como un buen antepasado.

¹ Robert Macfarlane, *Underland*, W.W. Norton and Company, 2019, p. 14.

² Krista Tippett, entrevista con Robert Macfarlane, "The Hidden Human Depths of the Underland," *On Being*, Noviembre 14, 2019.

³ Dawn Tomaszewski, SP, "Questions Go Deeper," *Occasional Papers*, Volumen 46, No. 2, Verano 2017, p. 31.

⁴ Ruven Afanador, #Protect This, *People*, Vol. 93, No. 17, Abril 27, 2020, pp. 70-71.

⁵ Sâmi, algunas veces escrito como Saami, son los indígenas nativos de Noruega, Suecia, Finlandia, y de la Península de Kola. Algunas veces son llamados Laplanders. Richard Bradley describe su visión en *Underland*, p. 428.

Chris, quien previamente sirvió en el liderazgo de la congregación para las Hermanas, Siervas del Inmaculado Corazón de María, en Scranton, ahora se encuentra involucrada en el ministerio de la espiritualidad móvil, ofreciendo retiros y presentaciones a lo largo de Estados Unidos y Canadá

Translated through the generosity of Irma Valeriano González.